

Jugar con el sonido, de eso se trata

Roser Domingo Muñoz
Universitat Politècnica de València

Se podría considerar que el piano fue el primer contacto que tuve con un instrumento musical cuando era un bebé. Este aparato, que me resultaba familiar, reapareció en el salón de mi casa cuando estaba a punto de cumplir los dos años. Aunque no tengo recuerdos claros de ese momento, creo que de forma casual estas circunstancias influyeron en la manera de relacionarme a largo plazo con este instrumento.

Como se puede apreciar en el *collage* de imágenes que acompaña este texto, poco después de tener en mis manos mi segundo piano, comencé a tocar al azar las teclas de uno más grande. Era el piano de pared que tenían mis vecinos. Más tarde, cuando mi hermano aún era un bebé, seguía tocando el piano que me había regalado mi familia en mis segundas navidades. Creaba una atmósfera con notas inconexas, al tiempo que cantaba canciones conocidas a través de un micrófono. En las siguientes navidades, cuando mi hermano iba a cumplir dos años, le llegó el turno de tener su propio piano. Esta vez fue un regalo de nuestros vecinos y aunque era un juguete mucho más pequeño, paradójicamente fui yo quien lo tocó por primera vez. Esta dinámica se repitió años más tarde, con mi hermano mirándome mientras tocaba el piano. Cuando era él el que tocaba, yo no podía resistir la tentación de intervenir y colar algunas notas. En las siguientes navidades, un nuevo piano apareció en mi hogar gracias a mis tíos. Como de costumbre, la primera persona en probarlo siempre era yo, apartando instintivamente la mano de mi hermano. En 2007, mis vecinos me regalaron un teclado Casio, notablemente superior a los pianos anteriores que había tenido (aunque aún conservamos el segundo, a pesar de que sufrió un pequeño percance y está derretido en una parte). A partir de esta nueva adquisición, nuestra creatividad aumentó considerablemente. El teclado incluía una variedad de obras de música clásica con sus respectivas partituras en un libro, iluminaba las teclas indicando las notas que debía tocar y mostraba la posición de los dedos de las manos. También permitía conectar un micrófono para

cantar al mismo tiempo, o cambiar el timbre y hacer sonar otros instrumentos. Había innumerables posibilidades y pasábamos horas y horas jugando con él.

En aquellos momentos, ya llevaba un par de años estudiando música. Aunque había tenido más relación con el piano, elegí tocar la flauta travesera, ya que en mi banda de músico no ofrecían la posibilidad de estudiar piano. Apesar de que inicialmente mi deseo era tocar la batería o la trompeta. En 2010, después de completar el Grado Elemental y formar parte de la banda juvenil de mi localidad, decidí continuar mi aprendizaje.

Así fue como comencé con las clases del primer curso del Grado Profesional en la especialidad de flauta. Al año siguiente, el plan de estudios del conservatorio incorporó una nueva asignatura: piano complementario. En mi primera incursión en la instrucción musical de este instrumento, me encontré con un objeto que, hasta entonces, había sido percibido como un simple juguete en mi vida. El desarrollo de las clases resultó altamente satisfactorio y me complacía el dedicar tiempo a practicar en casa, sin importar si disponía de una cabina de estudio en el conservatorio. Como resultado de esta pasión, un nuevo piano hizo su aparición en mi hogar. Se trataba de un piano eléctrico que imitaba la apariencia de los pianos de pared clásicos. Este instrumento estaba equipado con teclas contrapuestas, los tradicionales tres pedales y una amplia gama de funcionalidades adicionales, como la capacidad de cambiar el timbre, grabar notas MIDI y audio, crear bases rítmicas, escuchar el sonido del piano a través de auriculares y utilizarlo como un teclado MIDI para la composición musical en un ordenador, entre otras opciones. A partir de ese momento, el piano, situado en el comedor de mi casa, se convirtió en el centro de atención en cada celebración. En ocasiones como aniversarios, interpretaba la famosa melodía de *Cumpleaños Feliz*; durante las festividades navideñas, entonaba villancicos; y en las comidas de los domingos, deleitaba a los presentes con obras estudiadas

Figura 1. Cronología de fotografías de la autora tocando el piano desde 1999 a 2023.



1999



2000



2001



2003



2003



2004



2006



2007



2007



2011



2012



2012

y canciones conocidas. El piano en mi hogar se convirtió en un lugar de encuentro y experimentación para toda la familia. Con el transcurso del tiempo, concluí los cursos que incluían piano complementario como asignatura, lo que me brindó la oportunidad de participar en varias audiciones en el conservatorio y disfrutar de su magnífico piano de cola. Paralelamente, el tamaño del instrumento iba creciendo a la par que cumplía años.

En el año 2016, al finalizar los seis cursos del nivel Profesional, tomé la decisión de continuar mi trayectoria en el ámbito musical. Sin embargo, en esta ocasión, opté por adentrarme en el mundo de las nuevas tecnologías y especializarme en Sonología, aún sin dejar de lado completamente mi querida flauta. En el Conservatorio Superior, necesitaba tocar cada piano que se cruzara en mi camino. Pasaba horas deleitándome con el piano del estudio de grabación o aprovechaba la ocasión de grabar conciertos en el auditorio para disfrutar, aunque fuese por breves minutos, del magnífico piano de cola Steinway siempre presente en ese lugar. Durante mi segundo año en el Grado Superior, tuve la fortuna de asistir a clases de piano complementario, ofrecidas como asignatura optativa, y no dudé en aprovechar esta oportunidad. A lo largo de ese año, adquirí un conocimiento intensivo en el dominio de este instrumento. Mi profesora me instruyó en el uso del pedal, interpreté obras clásicas al igual que cualquier otro pianista, y este objeto dejó de ser un mero juguete para convertirse en una herramienta que tenía a mi disposición para transmitir emociones. Al finalizar el curso, realicé la audición correspondiente en la que, de memoria, interpreté la *Romanza sin palabras opus 19 número 6* de Mendelssohn. A partir de ese momento, esta pieza se erigió como la joya principal de mi repertorio pianístico.

Ese verano, mientras recorría diversos lugares de Noruega, no me privé de tocar la canción de la góndola veneciana (*Venetianisches Gondellied*) en cualquier piano que se cruzara en mi camino. En Oslo, insistí en visitar la tienda de Steinway & Sons para tocar uno de los numerosos pianos de cola que tenían disponibles (gentilmente me permitieron hacerlo, aunque, obviamente, no tenía intenciones de adquirir uno). En Bodø, no podía separarme del piano presente en el hotel. En Holmen, tuve la oportunidad de probar un mini órgano y un teclado. En Tromsø, me encontré con un piano de pared en una habitación vacía con vistas al mar, situada en el muelle de pasajeros del puerto. A mi regreso a Oslo, en el aeropuerto, toqué con un piano de cola que incluso contaba con folletos que indicaban los acordes de diversas canciones. Un año después, continua-

ba interpretando la misma obra, aprovechando cualquier piano que encontraba en mi camino, ya fuese en casa de amigos o en aeropuertos como los de Milán o Viena. Mis amigos del conservatorio también se dejaban seducir por la improvisación en el piano de mi hogar, y sin duda, se convirtió en el lugar de encuentro por excelencia de los invitados.

Con la llegada de la pandemia, mis oportunidades de experimentar con pianos de diversas partes del mundo se vieron truncadas. Además, finalicé mis estudios en el nivel Superior, lo que implicó el cese de mi acceso a las cabinas de estudio equipadas con pianos de pared, a las aulas de teoría ubicadas en el sótano con pianos de pared, al estudio de grabación con un piano de cola, al auditorio con un magnífico Steinway y al almacén del auditorio con otro Steinway de mayor antigüedad. Las tardes de escuchar las improvisaciones de mis amigos, de disfrutar inventando canciones y de observar la técnica de pianistas que habían dedicado toda una vida a este instrumento, llegaron a su fin. En mi hogar, de vez en cuando, me sentaba en el taburete del piano para evocar las canciones y obras que había aprendido años atrás, pero, como es natural, el recuerdo mecánico de la posición de los dedos se iba desvaneciendo y quedaba únicamente una leve sombra sonora de lo que alguna vez había sido.

En 2021, mientras cursaba el máster en Artes Visuales y Multimedia, utilicé un teclado MIDI para acompañar la música del proyecto de videomapping que habíamos desarrollado. La elección de este instrumento fue casual en principio, pero a partir de ese momento comencé a reintegrarlo y a explorar un enfoque no convencional en su utilización. Unos meses más tarde, me refugié en el piano clásico para componer la parte sonora de mi obra visual titulada *Transcurrir*. Esta pieza fue una mezcla entre recuerdos vagos de Mendelssohn y mis emociones, bastante imprevisibles en ese momento. En 2022, con la performance audiovisual más arraigada en mi rutina diaria, el piano volvió a cobrar protagonismo como una herramienta perfecta para la improvisación musical. Poco a poco, a medida que las demandas y restricciones de la pandemia se reducían, mi deseo de tocar cualquier piano que encontrara a mi alcance resurgía. Otra vez a viajar. Pianos en Madrid, Roma, Castellón y Münster no quedaron sin ser explorados, aunque lamentablemente no tuve la suerte de encontrarme con ninguno en Zaragoza, Morella, Berlín,



2012



2013



2014



2015



2016



2016



2016



2016



2017



2017



2018



2018

Barcelona y Málaga. Año 2023 y mi relación con el piano sigue siendo distendida, agradable y positiva. Ahora bien, ¿qué relación guarda todo esto con la performance audiovisual?

Al adentrarnos en el ámbito de la performance audiovisual, la integración de un músico con formación musical reglada en un conservatorio puede resultar caótica. Si consideramos que una performance audiovisual es un espacio de improvisación, experimentación y fusión entre el sonido y la imagen, es posible que un músico de formación clásica, acostumbrado a leer e interpretar partituras a la perfección, se sienta algo desorientado. No obstante, si nos permitimos explorar otras formas de hacer música y tomamos como punto de partida las posibilidades que brindan otras disciplinas al combinarse con la música, es probable que descubramos una nueva manera de disfrutar en la que podamos expresarnos sin las típicas presiones o estereotipos. Por lo general, se espera que un músico con formación académica reglada demuestre un virtuosismo exagerado, un dominio elevado del instrumento, una perfección extrema y un resultado excepcional en la interpretación de una obra. Sin embargo, rara vez se espera que ese mismo músico experimente con diferentes timbres, fusione distintos medios (imagen, cuerpo, espacio...) o se sumerja en un proceso previo de manipulación y conocimiento de su propio instrumento y de las posibilidades de expansión del mismo (mediante efectos en tiempo real, pedaleras, software, alteraciones físicas del instrumento con diversos materiales, entre otros). En consecuencia, ¿es posible que dicho músico sienta miedo de traspasar las barreras de una partitura? Es muy probable que, a pesar de los años dedicados a la práctica ininterrumpida del instrumento, la excepcional destreza adquirida y los títulos que certifican los niveles educativos alcanzados, rara vez se haya aventurado en este tipo de experimentación. Esto se debe a que no se contempla de manera habitual en sus estudios, lo que, por lo general, limita su propia voz.

Relacionando este planteamiento con el ámbito en el que se desarrolla el proyecto de investigación *Argos. Performances audiovisuales desarrolladas a partir del sonido y del espacio escénico*, desde una perspectiva musical se puede afirmar que en una performance audiovisual no se busca un resultado específico de la pieza en sí misma. Se busca la experimentación en la generación de sonidos, en la interacción con otros elementos y en la capacidad de improvisar y producir un resultado totalmente diferente en cada ocasión. Es por esta razón que la inmersión de un

músico clásico en una actividad de este tipo suele resultar un desafío a gestionar, pero extremadamente gratificante cuando logra encontrar el camino que permite escapar de las reglas y protocolos tradicionales.

Centrándonos en la muestra audiovisual llevada a cabo en el marco del *Laboratorio de Fantasmas* del festival *Dansa València*, que tuvo lugar en el Teatre Rialto (València), describiremos el proceso y relataremos mi participación, como músico con formación académica reglada en conservatorio, aunque fuertemente influenciada por las sinergias derivadas de mis estudios en la facultad de Bellas Artes, en dicha performance audiovisual. En el plano sonoro, el proyecto *Argos* generalmente emplea metodologías bastante flexibles que incluyen procesos de divagación y exploración en torno a un tema específico. Se establece un eje conceptual en el cual todos los participantes aportan, desde su perspectiva e intereses investigativos, en un entorno determinado (sonoro, visual o corporal). Por lo tanto, la experimentación musical abarca una multitud de posibilidades casi ilimitadas, nutriéndose de las otras disciplinas artísticas presentes en el lugar, que interactúan para dar forma a la totalidad de la obra, la performance audiovisual.

En mi caso, durante esta acción específica, utilicé dos instrumentos comunes: la flauta travesera, mi herramienta principal que me ha acompañado a lo largo de mis estudios y experiencias musicales, y un piano de pared, considerado mi compañero de juego de toda la vida y un segundo instrumento que estudié en las enseñanzas regladas de música como asignatura complementaria. No fue una coincidencia que aprovechara la oportunidad de usar el piano presente en la Sala 7 del Rialto, para incorporar el sonido del mismo a la performance, ya que pocas veces se dispone de uno por las dificultades para transportarlo. Y no fue una coincidencia que aprovechara esta oportunidad. Decidí abrir la tapa del piano y comenzar a explorar diferentes posibilidades tímbricas, como golpear las cuerdas con una baqueta, jugar con los maticos, superponer los apagadores o utilizar el pedal para sostener las notas, siguiendo la línea del piano preparado de John Cage. También agregamos un micrófono al piano, un dispositivo necesario para capturar la señal si deseamos grabarla o procesarla en tiempo real. De esta manera, transformamos un instrumento acústico tradicional capaz de producir ochenta y ocho notas, incluso de manera polifónica, en un «meta-instrumento» capaz de reunir diversas posibilidades y cualidades tímbricas. Por otro lado, en cuanto a la flauta, mantuve mi enfoque habitual



2018



2018



2018



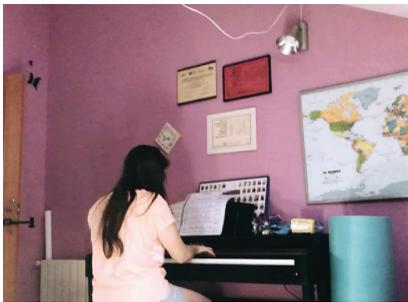
2018



2018



2018



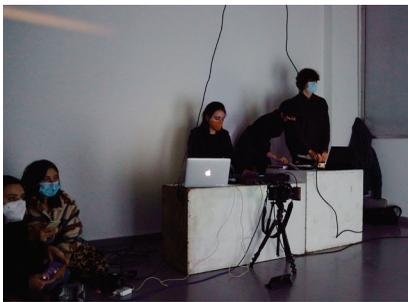
2019



2019



2021



2021



2021



2022

al procesar el sonido en tiempo real utilizando efectos típicos de las pedaleras de guitarra eléctrica, como *delays*, reverberación, cambio de tono o granularización.

Sin embargo, en este caso, lo más interesante de este ensayo reside en la relación que establecí con el piano, mi segundo instrumento o juguete. Durante mis años de estudio, el piano había sido simplemente una herramienta utilizada para interpretar las partituras después de muchas horas de práctica. Sin embargo, sorprendentemente, el ambiente generado en esta performance audiovisual me permitió dejar de lado el miedo y la exigencia de alcanzar un nivel determinado como intérprete. Mi habilidad con este instrumento ya no era relevante, ni me preocupaba lo que el público pudiera pensar (lo cual podría resultar chocante para un músico clásico). Mi único objetivo era jugar, escuchar a los demás músicos y sincronizarme con la danza y los elementos visuales. Dejé de lado cualquier inhibición que pudiera afectar al acto artístico y dejé que pequeñas ideas sobre secuencias de acordes pasaran fugazmente por mi mente. Lo más importante era dejarme llevar por la música, por el espacio y por la conexión entre todas las partes. Al fin y al cabo, todas las horas que he pasado en el conservatorio me han brindado herramientas valiosas para la experimentación sonora, como aprender a escuchar, establecer vínculos visuales y conectar con los demás. Sin embargo, es decisión de cada individuo liberarse, romper con las barreras tradicionales y expandir los límites más allá de las restricciones impuestas por el sistema, como ocurre en cualquier arte.

Gracias a ver el piano como un juguete, pude aplicar todos los conocimientos adquiridos para transmitir mis emociones, sensaciones y curiosidades con mi propia voz, basándome en mi libertad musical. El piano volvió a ser para mí un instrumento libre de ataduras, sin restricciones, sin pretensiones y sin autoexigencias. Había vuelto a abrir la mirada, a aprender, a manipular, a toquetear y a experimentar con estas propuestas artísticas para disfrutar de ellas de forma inocente, como si aún tuviera dos años de edad, descubriendo las nuevas, y no tan convencionales, formas de hacer música.

Como reflexión final, considero que también es responsabilidad del docente dar a conocer estas propuestas artísticas en un entorno académico delimitado, ya que en la actualidad prácticamente son invisibles para los estudiantes. Conocerlas puede plantear interrogantes en los alumnos y despertar su interés por ellas en una etapa más temprana. De esta manera, se podrían expandir las

posibilidades para un músico clásico, cuyo interés parece estar, lamentablemente y en su mayoría, limitado a la interpretación impecable de las obras clásicas por excelencia. ¡Música no es solo eso!



2022



2023



2023



2023